



Historias detectivescas

Enrique Pérez³

«También ellos (los niños) -sobre todo ellos- aman el suspenso la acción vertiginosa, los misterios impenetrables que se vuelven luminosos hacia el final de la historia».

Marc Soriano

«La vida tiene también su cara maligna y esa no debe ser disimulada nunca porque una verdad a medias no es verdad. Y no debe ser disimulada ni escondida menos que a nadie a aquellos que un día u otro tendrán que encontrarse con ella y que incluso están llamados a buscarla, donde quiera que se embosque, para presentarle batalla y ayudar a destruirla».

Mirta Aguirre

La historia de la literatura policial como género de alguna manera está asociada a la necesidad de los hombres por lo espeluznante y prohibido, por aquello que a la vez les avergüenza y seduce, les aterra y atrae. Si para unos el padre del género fue el inglés **Wilkie Collins** -autor, entre otras, de las magistrales novelas gótico-policiales *La piedra lunar* y *La dama de blanco*- y para otros el tormentoso y siempre alucinante estadounidense **Edgar Allan Poe**, a quien se le aclama como el mejor de todos los tiempos por sus cuentos (*Los crímenes de la calle Morgue*, *La carta robada*, o *El misterio de Marie Roger*), el teórico francés Marc Soriano va mucho más allá al situar los orígenes del género en los llamados canards.

La literatura universal está llena de obras donde el leitmotiv policial está presente de alguna manera más o menos evidente según el caso. No podemos olvidar la creación de Dostoievski, de Balzac, de las propias hermanas Emily y Charlotte Brontë y hasta de alguien como Víctor Hugo quien en *Los Miserables* propone la lucha de contrarios delincuente-represor, que se puede identificar en las figuras de Jean Valjean y Javert.

La otra característica común a toda narración policial es su gran dosis de suspenso y acción. Si desde el primer momento conociéramos al asesino, ¿qué más nos podrían dar después para distraer nuestra atención? A veces, hay novelas tan excepcionalmente bien escritas que desde el inicio encontramos al victimario, pero entonces serán la víctima, el lugar del crimen o el motivo que llevó a... el asunto a despejar por el lector. Siempre incógnitas. Siempre caminos enrevesados. Siempre pistas falsas, por doquier, miradas sobre el hombro ajeno, voces disimuladas por un pañuelo ante un teléfono, nombres que se parecen y producen el equívoco, gabardinas y sombreros que ocultan una identidad y hasta identidades trocadas equívocamente.

Por eso no hay nada más parecido al género de aventuras que la novela policial. Ésta es, por propia esencia, aventurera, indócil y sorpresiva. Nuevamente estamos llegando al por qué los niños la hacen suya, con esa ancestral pasión hacia lo prohibido y secreto que inútilmente sus padres tratan de reprimir.

Julio Verne, un autor que devino para niños, comprendió la importancia del subgénero para sus novelas y a varias de ellas -*La jangada, Norte contra sur, Los hermanos Kip, Matías Sandorf, El castillo de los Cárpatos*- las dotó de elementos de indagación policial, si descontamos que, en general, su obra contiene suficientes dosis de suspenso para mantener al auditorio infantil o adulto.

Dejando de lado a Verne, habrá que esperar hasta la publicación de *Tom Sawyer detective* (1878), novela policial escrita expresamente para los niños por **Mark Twain**. El inquieto amigo de Huckleberry Finn ya se había visto envuelto en un problema policial en su primera aventura, sobre todo cuando debió alternar en parejas misteriosas con aquel temible Indio Joe, tan rápido con el cuchillo a la hora de ajustar cuentas. Incluso, mirando atrás, en la huida de Huck con el negro Jim a lo largo del río Mississippi, ¿no hay toda una



Il. de Raúl Capítani para *El castillo de los Cárpatos*, de Julio Verne (Barcelona: Bruguera, 1981, p. 39).

historia policial? No olvidemos que Jim escapa de la justicia y ha decidido quitarse él mismo las cadenas de la esclavitud y, hablando en plata, Huck, aunque un menor todavía, será el cómplice perfecto.

Robert Louis Stevenson, inmortalizado por *La isla del tesoro*, esa trepidante aventura de piratas y bandidos, fue sin embargo, un autor muy adicto a los cuentos de horror y misterio, como en general casi todos los ingleses que se precian de serlo, muy amantes de fantasmas, páramos misteriosos y aparecidos. ¿No es acaso la travesía de Jim Hopkins una especie de relato policial donde hay unos hombres justos que intentan reprimir a los piratas para quedarse ellos el tesoro? ¿No cede el pequeño ante los innobles fines de los «malos» animado a veces por la simpatía que le transmite el carismático John Silver, apertrechado de un papagayo parlanchín y todo?

Si nos detuviéramos en **Alejandro Dumas**, ese autor emblemático del género folletinesco, advertiríamos de inmediato elementos policiales en sus obras: ¿qué es Edmundo Dantés, el Conde de Montecristo, sino un asesino en ciernes, sediento de venganza? ¿Entre cuántas intrigas no se debaten *Los tres mosqueteros*? Y Milady, esa especie de cortesana a lo Lucrecia Borgia en la era de los Luises, ¿no es una fría y calculadora asesina como aquellos cardenales Richelieu y Mazarino que no vacilaban en provocar cualquier hecho de sangre con tal de mantener su poderío?

Ya en este siglo, será **Erich Kästner** (Premio Andersen 1960), quien regale a los menores con su inigualable *Emilio y los detectives* (Barcelona: Juventud, 1931), que ni él mismo con su magistral oficio fue capaz de superar en la segunda parte, *Emilio y los tres mellizos* (Barcelona: Juventud, 1942). En *Emilio...*, un niño que es robado en un tren por un pillo ratero, el protagonista se hace colectivo, cuando los chicos de la capital juran capturar al delincuente y devolver su dinero a ese pobre chiquillo que llega del campo. Es admirable el modo en que Kästner hilvana una trama ágil, llena de suspenso y aventura, para dar, no obstante, serias lecciones de ética y humanismo, como en toda su obra.

En libros posteriores como *El hombre pequeñito* (Madrid: Alfaguara, 1978) o *El hombre pequeñito y la pequeña Miss* (Madrid: Alfaguara, 1984) se reitera el elemento policial, cuando el protagonista es raptado por unos seres sin escrúpulos que desean exhibirlo en un circo como si se tratara de un fenómeno.

Después de Kästner -o simultáneamente, es algo muy difícil de afirmar dada la profusión de obras surgidas en esa misma época- se produce el diluvio. Ingleses, franceses, estadounidenses y hasta suecos van a la carga creando largas series de historias policiales para niños.

Tal vez la más famosa internacionalmente (y la más enriquecida con el producto de sus ventas también) sea la británica **Enid Blyton**, autora de centenares de libros para niños y adolescentes. Blyton, que parece haber escrito algo diferente cada día de su vida -o que redactaba a velocidades supersónicas para su época si se mira su infinidad de títulos- creó varias series de personajes episódicos que durante generaciones divertieron y todavía divierten a los adolescentes. La serie de *Los cinco*, la de *Los siete secretos* -dos series de misterio con 15 títulos cada una- tenían por escenario los internados escolares. Tal vez la mejor de todas, la serie *Aventuras* (en la isla, en el castillo, en el mar, en el valle, en la montaña, en el barco, en el río y en el circo) se valía de esquemas muy reiterativos -pero efectivos a la postre- para deleitar a los pequeños lectores y crear en ellos una especie de sed inagotable que, de libro en libro, los hiciera desear más y más. Una biblioteca entera podrían llenar los volúmenes de la Blyton, quien además hizo versiones de la Biblia, cuentos para las primeras edades, volúmenes de rimas y de cuanto humano o divino exista par a entretener. Con justicia se la considera la autora inglesa más vendida en el mundo, detrás de Agatha Christie -otro producto policial muy demandado por los adolescentes- y el sin par William Shakespeare.

Dice Marc Soriano en su libro *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas* que el policial juvenil se caracteriza por algo muy simple: «*El universo moral de esas novelas es tranquilizador*».

Obviamente, los adultos nunca se hubieran resignado a que sus niños consumieran una literatura que les llenara de un terror que no fuera otro que el de divertirse de terror. ¡Otra vez una pareja en el mundo de las letras para niños!

Soriano cita los principios establecidos por la famosa Editorial Hachette (Francia) para lograr la venta de estos productos, cuando alerta de que se trata de obras:

————— 28 —————

«sin crímenes ni excesiva violencia; los niños aman las emociones violentas, pero desean al mismo tiempo que los tranquilicen. Los malos fracasan o son castigados: por lo general se trata de individuos rechazados por la sociedad, bohemios (sic), contrabandistas (sic). Las virtudes morales son exaltadas y recompensadas. Las familias son acogedoras y saben cerrar sus ojos a las iniciativas algo osadas de sus hijos, al menos dentro de ciertos límites. En todo caso, no hay malvados entre los padres (sic)».

Obviamente, todo es un gran negocio para intranquilizar, pero sin demasiada intranquilidad, para atemorizar, pero sin demasiado temor, para preocupar, pero sin grandes preocupaciones, al menos de índole real. Un negocio donde -por increíble que parezca- no hay más protagonista que el propio lector, atrapado mil veces como un tonto en la misma telaraña.

Estos niños detectives devienen héroes, en general algo pobres en su concepción tan esquemática y reiterativa, aunque a veces son más afortunados según el talante de su autor. Viven siempre «la mar de divertidos» (expresión textual de casi todos ellos), hacen excursiones solos -o con un adulto comprensivo que se extravía en el camino- a lugares misteriosos o peligrosos ya desde su nombre sugerente, meriendan a todas horas platos deliciosos que despiertan el apetito en el lector, toman baños de mar, sacan instantáneas de aves y mamíferos para poner en práctica sus conocimientos de botánica o zoología (es decir, son estudiosos) y, a la postre -descubierto el bandolero-contrabandista-bruto-abusador de niños-, son recompensados con el aplauso -tal vez más importante todavía que el anterior- de la sociedad, que es dado junto a una severa (en apariencia) bronca de sus padres, los cuales los quieren y perdonan pese a todo.

Este esquema se reitera con mayores o menores variantes en una parte de las novelas policiales para niños. Claro que las hay más serias y mejor escritas que otras. Por ejemplo, si nos leemos los tres tomos de aventuras del detective Kalle Blomquist -por ejemplo, *El gran detective Blomquist*, Madrid: Doncel, 1967-, de **Astrid Lindgren**,

estaremos todo el tiempo en una carcajada perpetua pues la sabia autora de *Pippa Mediaslargas* -Barcelona:

Juventud, 1962-, dota a su personaje de una picardía e ingenio que le hacen el más simpático de los detectives, tal vez tan humano y vulnerable -capaz de equivocarse con las pistas o de caer de una muralla y casi matarse- como la simpática Miss Marple de Agatha Christie.



Il. de Gusti para *El carnaval de ultratumba*, de Carlos Puerto (Barcelona: Ceac, 1993, p. 81).

En general, muchos de los grandes autores para niños se han sentido tentados alguna vez por la literatura policial. **René Guillot**, al que se le llamó con toda justicia el Kipling de las letras francesas, tuvo su serie de investigadores: *Tres niños y un secreto*, donde no podía faltar, novela policial al fin y al cabo, novela de Guillot, el consabido perro pastor de mascota.

María Gripe, siempre tan preocupada por los maltratos a la infancia, nos legó su humorística y alocada *Mi tía, agente secreto* (Barcelona: Noguer, 1993) -algo

verdaderamente atípico en su creación-, donde se dan todo tipo de equívocos divertidos en una pensión muy singular de la campaña sueca.

También la prolífica **Christine Nöstlinger** en *Filo entra en acción* (Madrid: Espasa-Calpe, 1984), se acerca con mesura y efectividad al popular género, sin dejar de hacer crítica social como en otras obras que la han hecho célebre.

Habría que hablar de ingleses como **Malcolm Saville**, un émulo de Blyton que fue famoso por una serie sobre los chicos del Club del Pino Solitario, o quizás de las novelas -inagotables al parecer- de **Robert Arthur** sobre Alfred Hitchcock y los tres investigadores, donde se mezcla lo policíaco, lo sobrenatural y el horror. Como las series de internados y señoritas con sus tintes color rosa o las novelas de Corín Tellado, el género policial ocupa un lugar de preferencia en todas las editoriales que promueven series juveniles. ¡Vende tan bien!

En España, por ejemplo, tras los años de la dictadura y con el impulso conferido a la literatura para niños y jóvenes, se le ha dado un estímulo notable a este género en las vertientes más heterogéneas. De una parte están las series habituales de muchachos que tropiezan con el delito en un medio urbano y en sus más diversas manifestaciones, como el Óscar de **Carmen Kurtz** (*Óscar, cosmonauta*, Barcelona: Juventud, 1962) que ya es emblemático y también los Block (ej: *Los Block y la bicicleta fantasma*, Barcelona: Juventud, 1973), de **Montserrat del Amo**. Pero también hay obras en la vertiente de la novela negra estadounidense escritas por **Juan Madrid**, **Andreu Martín** (Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 1989 por su obra *No pidas sardina fuera de temporada*, Madrid: Alfaguara, 1988), **Jaume Ribera** (coautor de la anterior novela galardonada con el P. N. L. I. J.) y **Joaquín Carbó** (fundador de la revista *Cavall Fort* y creador del detective Felip Marlot, cuyas aventuras publica la editorial Edelvives).

Numerosos autores se suman a la nómina del género policial en la península, encabezados tal vez por el prolífico **Carlos Puerto** (*El misterio del testamento envenenado*, Zaragoza: Edelvives, 1997; *El carnaval de ultratumba*, Barcelona: Timun Mas, 1993) y, entre otros, puedo citar a **Miguel Ángel Mendo** (finalista dos veces en el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil; ganador del Lazarillo por su obra *Por un maldito anuncio*, Madrid: SM, 1990), **Enrique Páez** (premio Lazarillo, 1991 por *Devuélveme el anillo, pelo cepillo*, Madrid: Bruño, 1992), así como muchos que lo asumen de forma satírica y con influencia de otras escuelas como la fantasía o la ciencia-ficción.

Un escritor tan notable como el catalán **Joan Manuel Gisbert** ha dado a sus últimas aventuras un matiz eminentemente policial ya desde su propio título: *El misterio de la mujer autómatas* (Madrid: SM, 1991), *La frontera invisible* (Madrid: SM, 1992), *La voz de la madrugada* (Barcelona: Edebé, 1995) o *El secreto del hombre muerto* (Madrid: SM, 1997). Si hace un tiempo le llamaron -por la evidente orientación de su obra a la anticipación científica- «el nuevo Julio Verne», ¿tal vez sería conveniente rebautizarle ahora como «el nuevo Conan Doyle»?

El género policial como producto literario es de los más solicitados y de ahí su creciente difusión internacional casi masiva. Como género fronterizo que es al fin y al cabo, se nutre de elementos que lo hacen más atractivo a los ojos del lector. En el caso de la novela adulta, suele estar matizado por altas dosis de violencia y sexo; cuando se destina a los jóvenes siempre viene bajo diferente ropaje, ya sea de novela especulativa, de ciencia-ficción, de obras de parapsicología y, por supuesto, eternamente vinculado a algún proceso iniciático de los protagonistas.

Este tipo de novela también se ha extendido por el continente americano, en especial en Cuba -luego de algunos exponente aislados en los 80- al establecerse la Editorial Capitán San Luis, dedicada por entero a este tipo de literatura, que ha favorecido una producción más estable. Vale recordar como antecedentes *El enigma de los esterlines* (1980), de **Antonio Benítez Rojo**, *El misterio de las cuevas del pirata* (1981), de **Rodolfo Pérez Valero**, *El secreto del colmillo colgante* (1983), de **Joel Franz Rosell** y *Las increíbles andanzas de Chirri*, de **Julia Calzadilla** y publicada en 1989.



Il. de Mabel Piérola para *La voz de madrugada*, de Joan Manuel Gisbert (Barcelona: Edebé, 1995, p. 13).

Por la Editorial Capitán San Luis se consolidan en principio dos series que, amén de su humorismo, cubanía y cotidianidad, siguen el clásico esquema en tales casos: la niña investigadora Pilar de Espuma, de **Olga Marta Pérez**, se ve envuelta de pronto en un misterio y otro tanto les ocurre a la tía Agatha y los Pelusos, de **Enrique Pérez**, unos gemelos que junto a Migue, su primo policía, y la novia de éste Florecita Chang - personaje compartido entre ambas series-, siempre descubren misterios que, por arte de birlibirloque, resuelven olímpicamente.

Luego se sumarán a este catálogo de minilibros y «plaquettes» policiales para niños autores como **Omar Felipe Mauri**, **Olga Rodríguez Colón**, **Soledad Cruz**, **Emilia Gallego**, **Pedro Óscar Godínez**, **Luis Cabrera Delgado**, **Guiomar Benegas**, **Excilia**

Saldaña y Esther Lilia Rodríguez quienes van matizando esta incipiente producción que da sus primeros pasos en Cuba.

¿Aporta pues algo el género policial a la Literatura Infantil? Si ya de por sí la literatura para niños es considerada en ocasiones un género o un subgénero, ¿cómo podremos esperar que se mire a la literatura policial infantil?

Pese a las críticas que se le suelen hacer al género, nadie podrá objetar su inmensa popularidad y poder de comunicación, la posibilidad que brinda para acceder a un lector quizás no tan familiarizado con el oficio de leer y sí abierto a temas más «digeribles», como puede ser el de una trepidante historia que discurre a ritmo de tiros, fugas y saltos de un tren en marcha, castillos misteriosos y peligrosas bandas que acechan en las sombras.

Sin embargo, el género policíaco -así lo vemos en Cuba sus autores- puede aportar mucho en cuanto a la prevención del delito, que es algo real y no ficticio o literario y contra el cual tendrá que vérselas algún día el niño, el adolescente o el joven. De alguna manera, los relatos policiales, si son bien tratados, logran establecer una didáctica implícita que divulga principios éticos sanos, para prevenir en el menor actitudes negativas en desacuerdo con cualquier dinámica social. Si se logra un héroe felizmente aceptado por los menores, serán sus cualidades humanas las que le hagan más creíble e integral y no ningún esquema frío de perfección.

¿Nos encontramos, por tanto, ante una literatura con valores éticos, humanos, literarios o de otra cualquier índole? Para responder a esta pregunta

de ninguna manera se podría mirar al género en conjunto, sino a las obras aisladamente. No porque una novela sea psicológica, histórica o de tesis tendrá que ser necesariamente buena. Entonces, no porque una novela sea policíaca, de misterio o suspense, necesariamente deberá ser una obra menor. En cualquier género hay obras magistrales y otras verdaderos engendros; en cualquier modalidad literaria existen autores populares y otros que nunca son descubiertos por el lector. En cualquier época hay obras maestras, que con su paso marcaron la sociedad y la historia de la literatura universal. ¿Qué las hizo permanecer, parecer sublimes para muchos, inobjetables para los críticos? ¿Tal vez el talento y oficio de su autor? ¿Tal vez la propaganda de que fueron objeto cuando aparecieron? ¿Tal vez su originalidad a toda prueba? Quién puede saberlo. Éste, como el de la creación, es un gran misterio, un misterio más, muy digno -ciertamente- de la mejor novela policial.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

